



## LA HERMANA LLUVIA

La lluvia es vida.

La experiencia de “dejarse” mojar completa y tranquilamente en un día lluvioso es algo incomparable. Seguro que lo has hecho alguna vez. La última quizá hace ya demasiado tiempo.

Los niños suelen hacerlo con frecuencia. Prosiguen con aquello que tienen entre manos o entre pies (que súbitamente adquiere una nueva dimensión) hasta el momento en que un grito adulto les llama al orden. Acatan a regañadientes esa llamada intempestiva y cruel, seguros de estarse perdiendo algo único. Y muestran su opinión contraria a tantas precauciones saltando con energía sobre el primer charco que se ponga en su camino o permaneciendo quietos, los brazos extendidos y la cara mirando al cielo, sintiendo intensamente cada gota que resbala por su cara. Es su gesto de desafío a la temerosa cordura adulta.

¡No me alejes de la diversión extraordinaria y gratuita que me mandan desde arriba hoy!, parecen decirnos.

Disfrutar y comprender la naturaleza requiere contemplarla con espíritu de niño. Sólo así podemos llegar a sentirnos extasiados ante ella y agradecidos por los milagros constantes de belleza que nos ofrece. Sólo así dejamos de intentar utilizarla, corregirla y manipularla a nuestro antojo las más de las veces con una prepotencia e ignorancia insólita.

San Francisco de Asís tenía alma de niño. Por eso llamó hermanos y hermanas a los elementos y a cuantos seres acompañan al Hombre en su camino por este “valle de hermosura”, que sigue siéndolo. Era sabio y puro este Francisco...

Nosotros somos los jardineros, los guardabosques de la obra colosal del Creador. Es seguro que todos deberemos un día rendirle cuentas de nuestro trabajo.